

AURELIO ALONSO

Herbert Marcuse: ¿una teoría para la revolución?*

I

Los cables han calificado en días pasados la situación francesa como la más grave crisis sufrida por la V República en sus 10 años de existencia. Cada día, cada hora, cada decisión confirma, desde entonces, esta afirmación. La «crisis estudiantil» que comenzara el 6 de mayo se convirtió rápidamente en crisis política nacional y ha llegado a estremecer los cimientos del régimen gaullista. Los estudiantes de Nanterre y la Sorbona han sido la fuerza política en la avanzada del movimiento, y su conductor natural, Daniel Cohn-Bendit, se señala como algo más que un «revoltoso estudiante pelirrojo alemán de 23 años», o «Dany el rojo», como la prensa burguesa ha querido llamarle.

Los acontecimientos (en los que han participado de manera desigual diversas fuerzas políticas no se han desarrollado bajo la invocación de consignas marxista-leninistas tradicionales; al menos estas no han aparecido con implicaciones de expresión global. Los estudiantes proclaman, por otra parte, su adhesión al pensamiento de Herbert Marcuse, filósofo alemán emigrado a Estados Unidos desde 1937, cuya producción tiene una relación más inmediata con Freud que con Marx.

Esta circunstancia ha hecho al mundo volver la vista sobre Marcuse, a los 70 años de edad, que abandonó el quehacer político desde hace cerca de 50 años para dedicarse por entero a la producción teórica. Hasta este momento la obra de Marcuse reportaba un interés estrictamente intelectual. Podía rebasar a otros teóricos en ingenio, rigor, información,

* Publicado en *El Mundo*, suplemento dominical, La Habana, 1968.

sentido crítico, pero su significación jugaba en una balanza de valoraciones teóricas. Discusiones de especialistas... alimento de élites.

Desde el momento en que las cabezas del sector más radical de un movimiento revolucionario que hace sentir su acción con tal fuerza proclaman su simpatía, y más aun, su adhesión al pensamiento de Marcuse, su obra cobra un sentido específico diferente. Este nuevo sentido, que no comprende un aumento de valor teórico, está dado por la realización de un valor potencial de la obra: su capacidad de convertirse en fuerza social, su potencia ideológica.

II

El doble asesinato de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo y la frustración de la revolución del [19]18 en Alemania parecen haber tenido un peso determinante en la decisión de Marcuse de abandonar la escena política.

Termina su tesis de filosofía (sobre Hegel) bajo la dirección de Martin Heidegger en la universidad de Friburg-en-Brisgau. Dos nombres aparecerán posteriormente ligados por lazos mayores a su producción: Max Horkheimer, director del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, cuya influencia reconoce agradecido en el prólogo a la primera edición de *Eros y civilización*; y Teodoro W. Adorno, algo más joven que él, con quien publicó en 1936 los *Estudios sobre la autoridad y la familia*, que servirían de punto de referencia para la encuesta sobre el prejuicio publicada en 1950 por el American Jewish Committee, particularmente el volumen titulado *La personalidad autoritaria*, en que participan Teodoro W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford.

El perfil filosófico de Marcuse antecede a las obras que ahora nos interesan. Podemos decir que lo alcanza ya en la década del 40 (*Razón y revolución*, *El marxismo soviético*). Pero son dos títulos más recientes los que llevan su nombre más allá del interés del lector especializado. El primero, *Eros y civilización*, editado originalmente en 1953 en Estados Unidos, en 1963 en Francia y en 1965 en México. El segundo, *El hombre unidimensional*, que apareció en Estados Unidos en 1964. Por su circulación es de suponer que *Eros y civilización* ha sido la obra de más extensa difusión hasta el momento y, por ende, la referencia obligada de la corriente marcusiana que recorre Europa.

III

A Marcuse se le ha calificado de freudiano marxista (o de marxista freudiano). Si poco explica el calificativo de freudiano por la expansión, las diversificaciones y las deformaciones que ha sufrido el pensamiento de Freud, mucho más improbable resulta el intento de definir un pensamiento a partir del calificativo de marxista por razones análogas potenciadas.

Lo cierto es que el compromiso manifiesto en la obra de Marcuse toca mucho más de cerca a Freud, en lenguaje y problemática, que a Marx.

Desde su nacimiento, en los últimos años del siglo pasado, hasta nuestros días el psicoanálisis ha sido objeto de entusiasmos, de críticas y de rechazos de interés siempre. Después de más de medio siglo de disensiones en torno al sabio vienés y su producción los criterios son aun menos uniformes.

Sin intención de balances baste decir que los marxistas europeos de nuestro siglo lo rechazaron, unos, admitieron parcialmente su validez instrumental en el estudio de la personalidad, otros, para concluir finalmente reconociendo su eficacia terapéutica.

En definitiva es difícil que en la obra de los filósofos más agudos de nuestro tiempo no aparezcan, de una forma u otra, resonancias freudianas. Sartre afirma que solo el psicoanálisis permite explicar la importancia de la conducta del niño en la formación de la personalidad del adulto. Althusser reconoce a Freud a través de Lacan, aunque su incorporación es más difusa (al menos en su letra su reconocimiento no parece pasar de ser una referencia). Marcuse se rebela contra el «revisiónismo freudiano», demuestra su tono reaccionario, se declara en defensa de Freud y pretende reivindicar en su obra el sentido revolucionario de la teoría del psicoanálisis.

Marcuse parte de una incoherencia entre la teoría y la terapia del psicoanálisis desarrollada por Freud y resuelta en función de la terapia por el revisionismo neofreudiano. «Mientras la teoría psicoanalítica reconoce que la enfermedad del individuo es en última instancia provocada y sostenida por la enfermedad de su civilización, la terapia psicoanalítica aspira a curar al individuo para que pueda seguir funcionando como parte de esta civilización sin someterse a ella al mismo

tiempo [...]. Teóricamente, la diferencia entre la salud mental y la neurosis consiste solamente en el grado y la efectividad de la renunciación: la salud mental consiste en una renunciación eficiente y exitosa —normalmente tan eficiente que se presenta como una moderada y feliz satisfacción». La liberación (instintiva e intelectual) del individuo solo podrá realizarse en la liberación de la sociedad, y «una teoría de los cambios necesarios para realizar esta liberación tiene que ser una teoría del cambio social».

La sociedad industrial moderna reúne cada vez más las condiciones materiales para la liberación instintiva e intelectual de sus integrantes. Por esta misma razón se encarga de crear los mecanismos de perpetuación que desvían la represión en expresiones deformadas de libertad y que le permiten mantener en equilibrio su estructura. La sectorialización del conocimiento orienta hacia una ideología tecnicista limitando la posibilidad del desarrollo de armas de crítica revolucionaria. El espíritu de negación se minimiza en especializaciones expresamente deparadas a corregir las alteraciones del engranaje técnico y económico o se encausa (cuando persiste la rebeldía) hacia reacciones simbólicas inocuas, que desgastan las fuentes personales de energía revolucionaria en acciones que solo sirven para que el régimen exhiba su «atmósfera de libertad».

Marcuse ha actualizado la teoría de Freud en una dirección que se orienta en la crítica social del capitalismo de organización, que encuentra antecedentes en los ensayos de Wilhelm Reich de 1931.

Sería injusto limitar la obra de Marcuse a la reivindicación sociológica del freudismo. Y no menos injusto restringir su crítica al alcance de una visión pesimista de su tiempo. Es cierto que Marcuse no ofrece a sus adictos una estrategia. Su crítica carece de elementos programáticos, no se organiza en proyecto, en estructuración de fines; y mucho menos en consideraciones de tácticas. Pero, por otra parte, constituye una crítica orgánica, directa, efectiva y veraz de su época, de la sociedad que vive. Habrá que tener en cuenta su reserva contra los totalitarismos (democráticos como autoritarios, dirá sin rodeos) y el hecho de no haber vivido la experiencia del triunfo y la construcción revolucionaria para explicarse esta ausencia.

Sin embargo, en su crítica han encontrado los estudiantes europeos una fuente de inspiración revolucionaria, para lo que no les han servido

otros teóricos de nuestros días (tal vez algunos lo evitan mientras otros lo lamentan). Y este solo hecho abre una interrogación y un paréntesis que nada más podrán llenar Marcuse, en pequeña escala y, en definitiva, la historia.